HISTORIA

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora, en Barcelona.

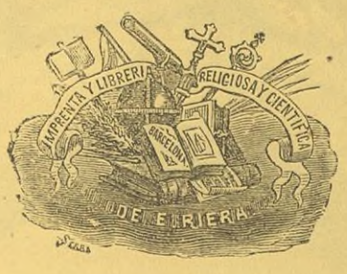
Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 38.

L47
1891

L47-1891

Era ya en época en que su saber habia sido sazonado por una larga experiencia cuando entró á combatir el filosofismo; hé aquí por que su trabajo contra Celso, que lo personificaba, es

PREDICACION DEL CRISTIANISMO.

una obra magistral, que no brilla menos por la profundidad de sus pensamientos, por lo vasto de su erudicion, que por lo contundente de su lógica.

Ya no era la indiferencia ó el desden lo que el filosofismo pagano usaba respecto á la Re-

ligion de Jesucristo; era un ataque en toda forma y valiéndose de todas las armas contra la doctrina evangélica en aquella época en que empezaba ya á presentirse el triunfo definitivo.

La lucha se presenta con toda su intensidad, con todas sus gigantescas proporciones en la persona de Celso.

Celso era un filósofo de la escuela de Epicuro, que en la época de Marco Aurelio resumió todos los argumentos que se dirigian contra la religion cristiana, bajo el punto de vista filosófico y político. En él se condensa toda la persecucion doctrinal bajo este respecto. No es solo el trabajo de un pensador, es además una cadena de sofismas, en que lo que falta de lógica sobra de palabrería, en donde á la profundidad suple el sarcasmo mas desdeñoso, la calumnia mas injustificada y mas atroz.

El libro de Celso se llamaba *El discurso verdadero;* como que el autor se propusiera decir toda la verdad sobre el Cristianismo, sobre sus orígenes y su desarrollo. No hay argumento contra el Cristianismo que allí no se esponga ó no se reproduzca. Despues de tanto tiempo, el filosofismo moderno no hace mas que reproducir la sofistería de Celso, aunque bajo otra forma.

Esta sátira contra el Cristianismo quedó por mucho tiempo sin respuesta.

El mismo Orígenes no se decidió á emprender su refutacion, por no ver en ella argumentos sólidos; pero le decidió á hacerlo su amigo Ambrosio.

El trabajo de Orígenes contrasta con el de Celso por su desapasionamiento, por su calma: es la verdad que se presenta convencida de su propia fuerza.

Orígenes principia por manifestar que Celso carece de sistema: «En los otros escritos se da á conocer como epicúreo; pero aquí, á fin de comunicar mayor valor á sus acusaciones contra los cristianos, oculta sus ideas epicúreas y hace como que reconoce en el hombre algo mas noble que el cuerpo y que le acerca á la divinidad.»

A Celso no le faltaba penetracion y habilidad. Reconoce que para emprender el ataque del Cristianismo es menester concentrar todas las fuerzas doctrinales; y hé aquí por que, ora se declara partidario de la filosofía platónica combatiendo el Cristianismo como obra divina por los puntos de contacto que cree encontrar entre el Evangelio y los escritos de los filósofos griegos; ora defiende la mitología pagana para oponerla al sobrenaturalismo cristiano; ora se proclama sectario de la moral de Zenon, creyendo encontrar allí una fortaleza desde la cual combatir á la moral católica: y tan pronto es pagano como judío, así se dice politeista como partidario del monoteismo.

No puede desconocerse en Celso la habilidad del sofista dispuesto á echar mano de todas las armas para combatir la verdad cristiana. Despues de todo, *El discurso verdadero,* á pesar de los defectos inherentes á una produccion en que el autor se ocupaba solo de obtener el fin sin reparar en los medios, es el primer ataque formal contra el Cristianismo en que la ciencia pagana agotó todos sus recursos.

Orígenes consigna la falta de un plan regular en la obra; y este defecto no lo atribuye á ignorancia de Celso, sino á la situacion especial en que se hallaba. «El odio y la cólera no delinean un plan. Sabido es que, los que se hallan poseidos de tales pasiones, dicen lo que primero les viene, y no aciertan á formular con órden y método sus cargos.»

Celso dice que sus adversarios «no son mas que charlatanes que esponen sus tonterías ante una multitud de imbéciles.»

Orígenes responde con su acostumbrada calma: «Donde convendria discutir con seriedad ¿qué es lo que hace Celso? Se desentiende del fondo de la cuestion para entretenerse en frases de mal gusto, como si se tratara de escribir una farsa ó una sátira. Olvida que semejante modo de proceder es del todo contrario al fin que se propone de retraernos del Cristianismo. Si los dogmas del Cristianismo los tratara con un poco mas de gravedad, tal vez los encontraria mas plausibles. Pero puesto que se limita á insultos y á burlas, tenemos derecho á decir que acude á estas miserias á falta de buenas razones (1).»

(1) Contra Celso, III, 1.

Aunque Celso se constituye á veces en defensor de los judíos contra los cristianos, no pudiendo desconocer la íntima relacion que existe entre la Ley antigua y la Ley nueva, al ocuparse de los orígenes del Cristianismo, combate á su vez las instituciones mosáicas. Orígenes sale en su defensa, y ocupándose, así de sus instituciones religiosas, como de sus instituciones políticas y sociales, dice:

«Denigrando á los judíos, Celso, inspirado por su odio, no se propone otro fin que recriminar los orígenes del Cristianismo... (1) Atacando el judaismo se figura poder argüir mas fácilmente de falsedad la religion cristiana... (2)»

¿De qué acusa Celso á los judíos? De que sobre el mundo de la razon admiten el misterio, lo sobrenatural, lo divino, lo incomprensible; y esto basta para que el filosofismo pagano agote contra el pueblo de Dios todo el diccionario de sus burlas y de sus insultos.

«¡Y qué! exclama Orígenes; los griegos estaban autorizados para cubrir con un velo su filosofía; los egipcios y otras naciones bárbaras que se glorian de amparar la verdad tras las sombras de sus misterios, gozan de este derecho; y ¿solo los judíos con su legislador, con sus escritores, han de ser considerados, segun vosotros, por los mas groseros de todos los hombres? ¿Será la única á la que haya desheredado Dios de los dones del espíritu esta nacion tan bien educada á elevarse hasta el Dios increado, á tenerle constantemente en su presencia y á depositar en Él todas sus esperanzas?... Deteneos á estudiar la forma primitiva de su república y las disposiciones de sus leyes, y en estos judíos tan despreciados encontrareis hombres que vienen á ser en la tierra el reflejo de la vida celestial: no reconocen mas Dios que el Dios Supremo y no toleran entre ellos forjadores de ídolos...» «¡Cuán admirable era la policía de un Estado en que la prostitucion no podia presentarse en público; en que esas mujeres tan funestas para la juventud no eran toleradas; en que los mas buenos, designados á eleccion de sus conciudadanos por la integridad de una larga vida, formulaban los fallos de justicia, y, segun la índole peculiar de la lengua hebrea, recibian el nombre de dioses, á causa de su honradez mas que humana; donde se encontraba toda la nacion consagrada al estudio de la sabiduría, teniendo dias fijos, llamados sábados, y otras fiestas destinadas á la explicacion pública de las leyes divinas! ¡Y qué diré de su jerarquía sacerdotal, de sus ceremonias, de sus sacrificios, cuyos innumerables símbolos ofrecen un sentido tan elevado á los que los estudian atentamente (3).

«...Si se procura penetrar la intencion del legislador y se compara la república judáica con las demás, no se encontrará otra mas digna de admiracion. Este pueblo prescindia de todo lo inútil á la vida humana para no conservar sino lo provechoso. No tenia ni juegos públicos, ni espectáculos, ni carreras de caballos; no toleraba esas mujeres que venden su belleza al primero que quiere comprarla, alterando el mismo órden establecido por la naturaleza para la conservacion del género humano. ¿Cuán ventajoso no habia de ser para los judíos el ser instruidos desde su mas tierna edad á elevarse sobre los objetos sensibles, á no encerrar á Dios dentro de ninguno de ellos, sino á buscarle en una region superior, mas allá del mundo de los cuerpos? ¿Cuán útil no habia de serles el beber con la leche de sus madres la doctrina de la inmortalidad del alma, de los subterráneos suplicios y de las recompensas destinadas á la virtud? Es verdad que estos dogmas no eran espuestos á los niños y á los espíritus humildes sino bajo imágenes proporcionadas á su cultura; mas para aquellos que sabian estenderse mas en sus investigaciones y aspiraban á penetrar la razon de las cosas, lo que hasta entonces habian sido mitos, si se me permite expresarme así, se trasformaba á su observacion, apareciendo la verdad que antes se encubria al través del velo del símbolo. Además, á fin de merecer el nombre de *porcion* ó *herencia de Dios*, despreciaban toda adivinacion como una vana superchería ó como prácticas inspiradas por los demonios y no por una santa inteligencia, no buscando el

(1) Contra Celso, I, 16.
(2) Ibid., I, 22.
(3) Ibid., IV, 31.

conocimiento del porvenir sino en sus almas que, á efecto de su pureza exquisita, recibian el espíritu del Dios Supremo. ¿Y qué decir de aquel órden tan sábia y justamente instituido, así para los amos como para los criados, segun el cual un judío no podia servir mas allá de seis años? Que Celso haga ó diga lo que quiera, esto no impedirá que los judíos aventajen en luces, no solo al vulgo de los hombres, sino á aquellos mismos que pasan por filósofos; porque estos filósofos, despues de todas sus bellas especulaciones, no dejan de caer en el culto de los ídolos y de los demonios, mientras que el último de los judíos se adhiere únicamente al Dios verdadero. Bajo este punto de vista, no hay por que censurarles de que se manifiesten satisfechos de sí mismos y eviten su comunicacion con los demás hombres como profanos é impíos. Pluguiera á Dios que no hubiesen violado su ley conspirando, primero contra la vida de sus profetas y por último contra la de Jesús. Tendríamos allí un modelo de aquella república celeste de que Platon trató de dar una idea, pero sin que alcanzara siquiera por su imaginacion á lo que ejecutaron Moisés y los profetas (1).»

Orígenes es tan atinado en sus conceptos, tan exacto en sus apreciaciones, presenta argumentos tan contundentes, que hoy mismo pueden servir para responder á los racionalistas de nuestra época.

Entra luego directamente en el exámen del Cristianismo. Celso entonces, como lo hacen hoy nuestros libre-pensadores, negaba la posibilidad del milagro, pretendiendo que ni el mismo Dios puede suspender las leyes de la naturaleza ó realizar fenómenos que estén sobre ellos.

«Celso dice que Dios no quiere nada contrario á la naturaleza. Aquí es preciso distinguir. Si por contrario á la naturaleza se entiende lo que es malo, tambien nosotros decimos que Dios no quiere nada contrario á la naturaleza, porque Dios no quiere nada que sea vicioso y que esté fuera de razon. Pero si es indispensable reconocer que lo que se verifica segun consejo y voluntad de Dios no es contrario á la naturaleza, síguese de aquí que no debe considerarse como tal ninguna operacion divina, por increible que sea ó que parezca á muchos. Si se quieren tomar las palabras en un sentido riguroso y definir la naturaleza como se la define ordinariamente, diremos que puede hacer ciertas cosas sobre la naturaleza: así eleva al hombre sobre la condicion humana á fin de hacerle partícipe de una naturaleza mas excelente y mas divina (2).»

Orígenes refuta uno á uno los argumentos de la incredulidad de su época, aduce razones irrefragables para demostrar que los milagros de Jesús y de sus Apóstoles no pudieron ser una invencion, y al referirse al efecto de las predicaciones apostólicas, dice:

«Cuando observamos que aquellos discursos que Celso califica de bajos y groseros lograron revestir una fuerza y un encanto irresistible, al recordar que por medio de ellos las masas pasaban del desenfreno á la templanza, de la iniquidad á la justicia, de la pusilanimidad á un grado tal de valor, que por la Religion despreciaban la misma muerte, ¿no estamos en el caso de admirar un poder tan prodigioso? Debió haber sin duda gran fuerza de persuasion en la palabra de aquellos hombres que recibieron en su orígen la mision de propagar nuestra doctrina y que trabajaron en fundar las iglesias de Dios: pero fue una fuerza de persuasion que en nada se parecia á la que poseyeron los maestros de la ciencia platónica y demás filósofos reducidos á los solos recursos de la naturaleza humana. Fue Dios mismo quien proporcionó á los Apóstoles de Jesús sus argumentos con la virtud de ganar los corazones por la *demostracion del espíritu y del poder* (3).»

Pasa luego á explicar el hecho de la concentracion de todos los poderes en el imperio romano.

«Dios, tratando de preparar á las naciones á recibir la doctrina de su Hijo, las sujetó á todas á la autoridad romana, para evitar que, el vivir los pueblos bajo cetros diferentes, no cons-

(1) Contra Celso, V, 42 y 43.
(2) Ibid., V, 23.
(3) Ibid., III, 68.

tituyera un obstáculo para la realizacion de la órden que los Apóstoles recibieron de JESÚS: «Id y enseñad á todas las naciones.»

Contestando á los cargos de Celso, que trata de presentar á la filosofía pagana como superior al Cristianismo, Orígenes prueba que si en las teorías de aquella puede verse algo de espiritualista, los filósofos distaron mucho de hallarse por sus prácticas de acuerdo con sus doctrinas.

«¿Puede tenerse algo de buen sentido y no censurar á hombres que, despues de todos los bellos razonamientos que la filosofía les enseñó sobre la naturaleza de Dios ó de los dioses, se vuelven hácia los ídolos, sea para dirigirles una súplica, sea para elevarse, al verlos, hácia el objeto de su pensamiento?... Observad al cristiano menos ilustrado. No abriga la menor duda de que todas las regiones del mundo son parte del universo y que el universo entero es el santuario de la divinidad. Sea cual sea el sitio en que se encuentre, él ruega, cerrando los ojos del cuerpo para abrir los del alma. Así franquea los límites de este mundo sin detenerse siquiera en la bóveda celeste. Por medio del pensamiento se eleva mas allá de los cielos, y allí, como si el Espíritu de Dios le hubiese conducido fuera de este mundo, ofrece á la divinidad su plegaria, y no por cosas de poca entidad. Porque JESÚS le enseña á no ambicionar nada de lo de acá abajo; es decir, nada de sensible, sino tan solo las cosas grandes, verdaderamente divinas (1).»

Cuando Celso formula un cargo contra el Cristianismo fundándose en el carácter eminentemente popular de su enseñanza, Orígenes contesta:

«Que nosotros queremos instruir á todo el mundo en nuestra doctrina, que es la de Dios,—diga Celso lo que quiera;—que queremos poder dar á los niños preceptos que estén en armonía con su edad, á los esclavos el medio de emanciparse por la Religion, adquiriendo la nobleza de sentimientos, cosas son estas que no las negamos. Nuestros doctores proclaman muy altamente que se deben, así á los griegos como á los bárbaros; así á los sábios como á los ignorantes. Declaran que es menester trabajar en la curacion de los espíritus mas groseros, á fin de que, venciendo su ignorancia en cuanto sea posible, se apliquen al estudio de la sabiduría. Nosotros decimos: Que los sábios, que los hábiles, que los prudentes se acerquen; pero que los ignorantes, que los sencillos, que los niños se acerquen tambien (2).»

Resumiremos en pocas palabras esta discusion, ya que ella viene á ser la síntesis de la lucha doctrinal en la época á que nos referimos.

Celso sostiene que el Cristianismo, como doctrina mística, es peligroso al Estado y contrario á las leyes, que es el producto de bárbaros enemigos de las luces, y que, exigiendo una fe ciega y sin reserva, no puede conquistarse partidarios sino en la sombra. Orígenes responde: Una asociacion nunca debe ser condenada implícitamente, sino que es preciso atender á los intereses en virtud de los cuales ha sido fundada y al fin que se propone. Juzgando al Cristianismo bajo este doble respecto, es menester convenir en que la sociedad religiosa de los cristianos es irreprochable, y aunque venga de un país bárbaro, circunstancia es esta que no disminuye su valor en lo mas mínimo. El Cristianismo no teme la discusion con la filosofía griega, á pesar de su celebridad; y la teme tanto menos, cuanto que él descansa sobre principios históricos cuyo carácter evidente deja muy atrás á toda ciencia, y que sus principales dogmas no son un secreto para los paganos. Se hace mal en censurarlo, porque procede de un punto de partida tan indiscutible á toda ciencia como es la fe; pues la fe hasta la filosofía la presupone siempre de un modo necesario. La fe de los cristianos no es una simple opinion. Deriva de Dios mismo; la garantía de su verdad es el hecho conocido de todo el mundo, incontestable, de la resurreccion de CRISTO.

Para Celso el carácter del Cristianismo, como el del judaismo, es un carácter revolucionario; que hay en su parte íntima una fuerza destructora lo prueban los partidos que se for-

(1) Contra Celso, VII, 66.
(2) Ibid., III, 54.

man en su seno. Orígenes niega rotundamente que los principios cristianos sean la revolucion, y prueba su negativa por el carácter mismo de estos principios y por la conducta de los mártires. En cuanto á las herejías, hace observar que no surgen del Cristianismo verdadero, sino de un Cristianismo bastardeado, y que siendo el producto del amor propio individual, estas disensiones no deben atribuirse á la Iglesia.

Celso, como representante de una filosofía impregnada en la idea pagana sobre el poder, considerando el Estado político como absoluto y hasta divino, insiste en su idea de que el Cristianismo debe ser rechazado por sus tendencias perturbadoras, ya que se coloca en oposicion con las leyes del gobierno y trata de levantarse contra ellas. Orígenes, para contestar, se eleva á la region de los principios. Empieza por profundísimas observaciones sobre el plan providencial de Dios en la historia del mundo en general y de los diferentes pueblos en particular, y considerando el Estado y su legislacion bajo este punto de vista, hace ver como desde el momento en que se reconoce la providencia de Dios y su imperio sobre el mundo, las leyes del Estado no pueden tener una autoridad absoluta, sino únicamente condicional, y no pueden exigir la obediencia sino cuando no están en oposicion con la ley divina, que es la sola absoluta. Cuando esta oposicion existe, lo razonable y natural es que la ley política ceda ante la ley divina.

Asuntos de la Iglesia vinieron á distraer á Orígenes de sus trabajos teológicos y apologéticos, viéndose en la precision de trasladarse á Acaia.

Provisto de letras de recomendacion de su prelado Demetrio, se dirige, pues, á aquella region. En su viaje detúvose en Cesarea.

Su residencia en Cesarea fue para Orígenes una de las épocas mas críticas de su vida.

Si el mucho saber proporciona satisfacciones especiales, no deja de proporcionar tambien sérios disgustos. Al lado del sábio fórmase una pléyade de discípulos que, cuando se trata de una celebridad como Orígenes, cuyo talento y reputacion le conceden tanta influencia, se convierten fácilmente en aduladores, y muchos son los hombres de talento que, mientras saben estender á mucha distancia su mirada intelectual, no aciertan á ver la niebla de lisonjas que se forma en torno suyo y que acaba con frecuencia por desvanecerles. Si el sábio tiene junto á sí á los aduladores, á poca distancia tiene tambien los émulos, y cuando se trata de una reputacion como la de Orígenes, fácil es que la emulacion se convierta en apasionada envidia.

Orígenes, hombre no solo de talento, sino tambien de accion, figura colosal que habia de ofuscar á otras notabilidades que luchaban inútilmente para subir hasta él, palabra de aquellas que, cuando se dejaba oir, imponia silencio á todos aquellos que léjos de él hubieran figurado en primera línea, hubo de encontrar en su camino amigos entusiastas y apasionados adversarios.

La tempestad de celos que habia de estallar mas tarde venia formándose desde mucho tiempo. No solo en Alejandría, sino en otros puntos de la cristiandad, habia respecto á Orígenes dos partidos que, conviniendo todos en reconocer su talento, formaban respecto á sus doctrinas muy opuesto juicio; partidos que han continuado subsistiendo hasta al formular sobre él el concepto histórico.

No deja de ser digno de notarse el que, á pesar de sus virtudes y de su talento, Orígenes no hubiese ascendido á las Sagradas Órdenes.

Durante su corta permanencia en Cesarea, Orígenes fue invitado por sus amigos, el obispo Teoctista de Cesarea, y Alejandro de Jerusalen, á recibir la Sagrada Ordenacion.

Desde los tiempos apostólicos, toda la tradicion establece de derecho divino la distincion entre el clérigo y el láico. San Ignacio mártir atestigua ya desde el primer siglo, que hubo siempre diferencia entre el pueblo cristiano y los que lo gobernaban, que eran el obispo, los presbíteros y los diáconos. San Clemente Romano, en su carta primera á los corintios consigna de un modo que no deja lugar á la menor duda, que la jerarquía cristiana estuvo constituida

desde un principio y sujeta á una legislacion que nadie podia infringir. San Justino mártir distingue claramente entre los hermanos y el que los preside, y san Clemente Alejandrino dice que, despues de la muerte de Domiciano, san Juan recorrió el Asia, á fin de establecer obispos en sus diferentes regiones, fundar nuevas iglesias y agregar al clero hombres que le fuesen designados por el Espíritu Santo.

Las quejas del obispo Demetrio, á que antes nos hemos referido, nos dan á entender que ya en aquella época se consideraba como cosa irregular el que un láico, por mas que reuniera las circunstancias de Orígenes, explicara públicamente en la Iglesia las Santas Escrituras.

Los obispos de Cesarea y de Antioquía, al acordar la ordenacion de Orígenes, resolvian la cuestion á fin de que pudiera esponer los Sagrados Textos en las asambleas de los cristianos.

Al tener noticia de la ordenacion de Orígenes sus émulos batieron palmas; era un paso en falso que acababa de dar recibiendo las Órdenes fuera de la Iglesia de Alejandría, y no dejarian de aprovecharse del hecho, dándole extraordinarias proporciones, recordando que fue en la misma Cesarea donde su obispo Demetrio hubo de mandar sus quejas, por sus discursos sobre la Escritura hechos en presencia de obispos, y que el haberle ordenado, aprovechando una ocasion en que se hallaba de paso, constituia una especie de reto de Cesarea contra Alejandría.

Al volver Orígenes á su diócesis fue solemnemente exonerado de su cátedra y desterrado de la ciudad. Esto sucedia en 221.

Orígenes se refugió en Palestina al lado de sus defensores.

Mientras estaba allí Orígenes, Demetrio reune á sus colegas de Egipto y al clero de su diócesis, y se declara al apologista degradado de su dignidad de sacerdote y hasta excomulgado.

A pesar de la defensa de Eusebio de Cesarea y de Pamfilio el Mártir, no seremos nosotros los que demos toda la razon á Orígenes contra los que le condenaron.

Rodeábale á este demasiada popularidad para que el célebre maestro del Didascalium no cediera á sus peligros.

Orígenes era un hombre de genio con todas sus ventajas, pero tambien con todos sus inconvenientes. Uno de estos es la exaltacion de la propia personalidad hasta dar demasiada importancia á las inspiraciones de su espíritu privado. Defecto es este de que Orígenes no estuvo exento. Como hombre piadoso llegaba á veces á los escesos de un misticismo exagerado, cosa que le sucedió al mutilarse durante su juventud por dar una acepcion sobrado literal á un pasaje bíblico.

No estuvo en su derecho ordenándose fuera de Alejandría, y hasta en cuestiones doctrinales se ve en sus obras, especialmente en su *Periarchon* y en su libro sobre la Resurreccion, que Orígenes oscila entre su fe de creyente y sus aficiones de platónico, descubriéndose en algunas aserciones suyas mas la inspiracion de la antigua filosofía que el criterio cristiano.

Hay en sus trabajos una cosmogonía en que lo falso anda revuelto con lo verdadero; al explicar al hombre se vale de un sistema peculiar en el que figuran hipótesis completamente insostenibles. No acierta á concebir la Omnipotencia creadora sin una creacion eterna como Dios y que va pasando por continuas trasformaciones hasta llegar á una restauracion universal en la unidad divina.

En sus luchas contra los gnósticos su ardiente celo le inspiró la idea de rodear la doctrina católica de todo el atractivo de la ciencia. Tarea era esta que no dejaba de presentar sus dificultades tratándose de asuntos dados llenos de misterios los mas profundos. Orígenes, en el entusiasmo de la lucha, llegó á olvidar alguna vez que el apologista cristiano no podia hacer como el hereje, que levanta su edificio doctrinal de la manera que mejor le acomoda. Con su razon de hombre de genio quiso dominar á veces asuntos que trascendian los límites de la facultad racional.

Orígenes, dado su talento y su actividad, atendido que el combate se llevaba al terreno

intelectual, tuvo que andar por sendas que nadie habia recorrido, ¿qué estraño que en ciertas ocasiones llegara á extraviarse, sobre todo cuando el entusiasmo con que eran recibidas sus lecciones no dejaba de ser una dificultad para que á su vez él las recibiera de otros?

Orígenes no dió satisfaccion á los que hubieran querido ver al apologista convertirse en heresiarca. No hubiera dejado de ser un mal el que un hombre como Orígenes empuñara la bandera de la herejía y que se levantara contra el Cristianismo una secta al frente de la que figurara el famoso maestro; pues si bien es verdad que la Iglesia habria triunfado, como triunfa siempre, la Providencia no permitió un hecho que no hubiera dejado de ser funesto.

Léjos de consignar la historia que Orígenes manifestara tenacidad en sostener sus errores, se apresuró á declarar que sus obras fueron, unas falseadas, y que á otras se las dió una interpretacion torcida, encargándose él mismo de rectificar despues muchos de sus conceptos erróneos.

Semejantes contrariedades no entibiaron su celo.

Orígenes abrió en Cesarea, bajo la proteccion del obispo Teoctista, una cátedra de ciencia cristiana, donde se renovaron sus antiguas glorias de la escuela de Alejandría.

San Gregorio Taumaturgo nos dice que su sistema abrazaba toda la esfera de los conocimientos teológicos y filosóficos, contándose entre sus discípulos á este Santo que, al entusiasmarse en favor de las enseñanzas de Orígenes, dejó el estudio del derecho para consagrarse solo al de la teología y filosofía, bajo el magisterio del ilustre doctor.

A mas de las luchas doctrinales que sostenia admirablemente contra los enemigos de la fe, no dejó de interesarse por las otras luchas sostenidas por los mártires contra el poder de los tiranos.

Arreciando la persecucion, fueron objeto de ella sus amigos Ambrosio y Protocteto. Orígenes les dirigió su *Exhortacion al martirio,* obra escrita con todo el ardor de su entusiasmo hácia la fe cristiana, y en la que anima á sus compañeros diciéndoles que el creyente, bajo ningun pretexto, ni valiéndose siquiera de restricciones mentales, debe pasar por la cobardía de sacrificar á los ídolos ó jurar por el génio del Emperador, sino que al contrario, ha de echarse en manos de la Providencia renunciando á todo apego á la vida.

Orígenes se retiró de la Palestina, dirigiéndose, por invitacion de su obispo Firmiliano, á Cesarea de Capadocia, donde permaneció durante la tempestad levantada contra la Iglesia, y habitó en casa de una señora cristiana llamada Juliana, la que puso á su disposicion una excelente biblioteca.

En 238, pasando por Nicomedia, se dirigió á Bitinia, encontrando allí á su amigo Ambrosio.

De allí se encaminó á Atenas, donde escribió sus cinco primeros libros sobre el *Cantar de los Cantares,* con un prólogo, en que se coloca en un elevadísimo punto de vista, del que dice san Jerónimo que si en sus demás obras Orígenes escede á los demás escritores, en esta se escedió á sí mismo; y terminó un comentario sobre el Evangelio de san Juan que, á mas de su exactitud y profundidad, se distingue por la elegancia de su estilo.

Vuelto á Palestina, recibió una instancia de los obispos de Arabia para que se dirigiese allí. Berilo, obispo de Bostra, hombre de mucho talento, habia adoptado algunos errores bastante graves acerca la persona de Jesucristo y de la Trinidad, errores que ellos no se sentian con aptitud bastante para poder desvanecerlos. Orígenes no solo logró traerle á buen camino, sino que despues de haber abjurado, le escribió varias cartas en que le manifestaba su mas cordial gratitud.

Tuvo que llenar Orígenes otra mision no menos importante en aquellos países. Apareció allí una secta judaizante que sostenia que el alma moria al morir el cuerpo, el cual volveria á ser animado en la resurreccion. Congregóse un Concilio contra aquel error, pero sin obtener la conversion de los que le profesaban: Orígenes con su ciencia logró atraerles á la verdad. Poco despues combatió la secta de los elkesaitas.

Habia llegado á los sesenta años, pero sin que ni las amarguras de su vida ni los años hubiesen debilitado el vigor de su espíritu. Si viejo por la edad, era sin embargo jóven por la lucidez de su inteligencia y por su celo.

Dirigia homilías al pueblo cási diariamente, y sus discursos eran tan admirados, que habia estenógrafos para reproducirlos á medida que los pronunciaba, haciéndolos pasar inmediamente al comercio de libreros.

Estuvo entonces en correspondencia con el emperador Filipo el Arabe y con la familia imperial, la que manifestó buenas disposiciones en favor del Cristianismo.

Despues de Filipo el Arabe vino Decio, en cuya época la persecucion tomó extraordinarias proporciones.

SACRAMENTO DEL ÓRDEN.

No fue ya la persecucion que realizaba sus venganzas poco despues de ser denunciados los cristianos. Los déspotas habian progresado en el arte de perseguir. Encarcelamientos largos y penosos, destierros, vejaciones de todas clases; hé aquí el sistema que se adoptó, y cuyo rigor se hizo pesar especialmente contra los obispos, contra los personajes célebres, es decir, contra los que se consideraban como jefes de los cristianos.

En aquella época murió martirizado san Fabian, que venia rigiendo la Iglesia universal desde el año 236, papa al que san Cipriano califica de *hombre excelente,* y del que dice que la gloria de su muerte correspondió á la pureza y á la integridad de su vida.

Además del pontífice de Roma tocó tambien entonces la suerte del martirio al obispo de la célebre iglesia de Antioquía, san Babilas, que sucedió á Zébino, y que administró su importantísima diócesis con recomendable celo apostólico.

La persecucion habia de alcanzar á la primera celebridad de la Iglesia de Oriente. Orígenes, á la edad de sesenta y cinco años, fue preso, metido en un calabozo y cargado de cadenas. Se le sometió á rudísima tortura; pero los verdugos recibieron órden de que al atormentarle tuvieran buen cuidado de dejarle con vida. El propósito de los paganos era obtener su apostasía, convencidos de la grande emocion y de los tristes efectos que habria de producir entre los cristianos un hecho semejante.

Nada fue capaz de quebrantar la firmeza del heróico anciano. Supo sufrir siendo viejo el que no hubiera tenido inconveniente en morir siendo niño. Orígenes no valia menos por la fuerza de su carácter que por la profundidad de su inteligencia; inútil era esperar de él que, próximo á la muerte, hiciese traicion á la santa causa á que sirvió durante una larga vida.

Al salir libre, despues de la muerte de Decio, fijó su residencia en la ciudad de Tiro, en la Fenicia, donde continuó desplegando su actividad, y terminando allí una vida tan agitada y tan laboriosa.

Terminó sus dias rodeado de la triple auréola de la virtud, del saber y del martirio; pues si bien no consta que muriese mártir, sufrió por la fe bajo el poder de los emperadores de Roma, y estuvo dispuesto á dar su vida en aras de sus creencias.

Las pruebas por que tuvo que pasar hasta por parte de sus hermanos en la Religion constituyen un testimonio de la vitalidad social del Cristianismo en el siglo III.

Hombres de gran talento se afiliaban cada dia al Catolicismo. ¿Qué tiene de particular que surgiera diversidad de opiniones, que tras de estas viniesen los partidos, y que estos no supiesen mantenerse siempre dentro los límites de lo justo?

El mismo Orígenes, á pesar de su saber y su virtud, en el apasionamiento de la lucha hubo de emitir teorías falsas.

La Iglesia, celosa siempre de velar por la conservacion del depósito de la verdad católica, se vió en la precision de condenar los errores de Orígenes, con tanta mayor razon, cuanto que de ellos salió la peligrosa secta del Origenismo.

Orígenes, si bien tuvo extravíos de inteligencia, permaneció adherido con toda su alma á la tradicion católica, conforme lo prueba la carta que escribió al papa san Fabian, su reconciliacion con el obispo de Alejandría, el lenguaje de sus homilías, y el hecho de rebatir sus errores pasados en escritos posteriores.

Despues de todo, deberemos concluir copiando una frase de san Jerónimo:—«No le sigamos en sus pequeñeces de hombre los que somos incapaces de elevarnos hasta su altura.»

LXXVIII.

Minucio Félix.

No toda la actividad intelectual estuvo reducida á la Iglesia de Oriente.

En ella hemos visto brillar á los ilustres maestros de la escuela de Alejandría; á un Clemente por lo vasto de sus conocimientos, por lo brillante de su imaginacion; á un Orígenes por la profundidad de su talento. La lucha doctrinal es tambien sostenida de una manera digna en la Iglesia de Occidente.

Minucio Félix, sin subir á las alturas de pensamiento de un Tertuliano ó de un Orígenes, no deja de ser un escritor distinguido.

Marco Minucio Félix fue jurisconsulto en Roma.

Los críticos ilustres le suponen descendiente de la renombrada familia de los Minucios.

Lo que hay de cierto es que, lo mismo que una gran parte de las celebridades de su tiempo, nació en la secta pagana.

Continuó adicto al paganismo durante su niñez y su juventud.

Hombre de sano criterio y de recta conciencia, por su profesion y el carácter de sus estudios hubo de estudiar la causa de los cristianos y declararse en su favor.

Sus pensamientos, su estilo, su manera de expresarse, todo nos revela que vivió en la época de Tertuliano.

Tomando parte en la lucha doctrinal en favor del Cristianismo, escribió una bella apología que lleva por título *Octavius,* redactada en forma de diálogo.

Hé aquí lo que dió lugar á esta produccion.

Minucio Félix tenia dos amigos: Cecilio Natal, que habitaba en Roma en la misma casa de Minucio; pero que á pesar de su amistad con aquel, permanecia adicto á la preocupacion gentílica, desdeñando la religion cristiana, y Januario Octavio que, como Minucio, profesaba la abogacía, y se habia convertido á la religion del Crucificado.

El mismo Minucio nos da á conocer á este Octavio que figura en su obra.

«Yo evoco el recuerdo de Octavio, dice, de este mi amigo el mas verdadero, el mas fiel, y experimento una emocion tan dulce de ternura, que esta imágen del pasado se me ofrece cual si la tuviera presente. Figúraseme ver á mi querido Octavio, por mas que le haya perdido, tan grabada está su memoria en mi corazon y hasta puedo decir en mis sentidos. No es sin causa que un hombre tan ilustre, tan religioso, haya dejado, al separárseme, un hondo pesar en lo mas íntimo de mi ser. Me amaba siempre con un amor tan cordial, que en las diversiones, lo mismo que en los negocios sérios, nuestros sentimientos se encontraban siempre en perfecta armonía: nuestras dos voluntades venian á confundirse en una sola. Hubiérase dicho que éramos un solo espíritu animando dos cuerpos. Único confidente de mis debilidades, como fue tambien el solo testigo de mis extravíos, cuando al emanciparme de las tinieblas de la noche de la mentira, pasé al gran dia del saber y de la verdad, él no rehusó acompañarme: he dicho poco: él me adelantó.»

Al introducirse en el asunto que dió lugar á la apología, prosigue diciendo:

«Octavio vino á Roma para tratar asuntos de familia y para verme. No puedo describir mis trasportes de alegría al volverle á ver.

«Despues de dos dias pasados en animadas conversaciones para satisfacer las necesidades del corazon y de comunicarnos lo que nuestra ausencia nos habia hecho ignorar, convinimos en ir á Ostia, hermosa villa donde yo esperaba encontrar en los baños de mar un remedio tan agradable como seguro que disipara cierta afeccion de que me sentia aquejado. Las vacaciones nos brindaban á reemplazar los trabajos del bufete por el placer de la vendimia: era la época en que el otoño, despues de los abrasados ardores del estío, viene á ofrecer su dulce temperatura.

«Nos dirigíamos una mañana hácia el mar siguiendo la ribera, á fin de aspirar el aire fresco y puro que restituye al cuerpo su vigor, y gustando el placer que se experimenta al imprimir las pisadas en la fina arena que cede dulcemente. Cecilio venia con nosotros. Íbamos siguiendo nuestra ruta, cuando este se apercibe de un ídolo de Sérapis, y, al verlo, insiguiendo una costumbre del vulgo supersticioso, lleva su mano á la boca y la besa.

—«En verdad, querido Marco, me dice Octavio, que no es propio de un hombre virtuoso dejar que viva en las tinieblas del vulgo ignorante un amigo que no te deja nunca, y permitir que á la luz del gran dia de la verdad vaya á prestar un obsequio á piedras, por mas que las veamos convertidas en estatuas perfumadas de esencias y coronadas de flores. Bien lo sabes: la vergüenza de tal ceguedad recae sobre tí tanto como sobre él mismo.

«Cuando Octavio hubo acabado de expresarse de esta suerte, franqueábamos el límite que separa la orilla del mar, pudiendo conversar libremente en la playa.

«Pequeñas oleadas que venian á morir dulcemente en la arena parecian allanarla para el paseo. Aunque no soplase el viento, la mar aparecia algo agitada. Es verdad que no venian á estenderse con fuerza por la orilla blancas y espumosas oleadas; pero el vaiven de las olas no dejaba de agitar la superficie. Sentíamos un placer todo particular en seguir su movimiento... Cecilio, sin embargo, no sabia ocultar en su semblante cierto pesar íntimo que le agitaba...

—«¿Qué tienes? le dije. Te desconozco, Cecilio. ¿Dónde está aquella vivacidad, aquel buen humor que brillaba en tus ojos, aun en medio de los asuntos mas formales?

—«¿Crees que el reproche que te ha dirigido Octavio, me contestó, no me ha de haber herido en lo mas íntimo del alma? Al acusarte á tí de negligencia, me acusa, aunque indi-

rectamente, á mí de ignorancia. Pues bien: las cosas no deben quedar así. Es menester que sepamos de qué parte está la razon. Si Octavio está dispuesto á sostener la lucha con un hombre cuya creencia acaba de recriminar, se persuadirá de que es mas fácil discurrir entre amigos que discutir como verdaderos filósofos.

«Fuimos, en efecto, á sentarnos en unas rocas para descansar de nuestro paseo y discutir mas á nuestro placer... Cecilio y Octavio me tomaron por árbitro de la disputa.

Cecilio personificaba la situacion de los espíritus de la sociedad pagana en aquella época. Ninguna afirmacion sólida, ninguna idea precisa, ninguna fe determinada. Adhesion á las supersticiones vulgares; pero una adhesion inconsciente, resultado del apocamiento del alma, de la debilidad de no saber romper con ellas. Como síntesis de la situacion intelectual, el escepticismo, síntoma claro de las instituciones que caen, de las sociedades que se disuelven.

Cecilio, como todos los pensadores de su tiempo, flotaba en un mar de dudas.

Así nos lo describe Minucio Félix.

«Como el caminante que, ignorando la ruta que debe seguir, recorre un sendero incierto hasta que llega á un punto en que se le presentan á la vista varios caminos y no se atreve, ni á ensayarlos todos, ni á escoger uno en particular, de la misma manera el hombre que carece de ideas fijas sobre lo verdadero, va andando acá y allá por la senda de la duda, siguiendo el camino incierto que le señalan vagas sospechas. ¿Estrañaremos que en este flujo y reflujo de opiniones que se contrarian y hasta se destruyen, Cecilio flotase al azar como buque agitado por encontrados vientos?»

El sistema de Cecilio, como el de los pensadores paganos de su tiempo, era el escepticismo; pero el escepticismo proclamado como única afirmacion, el vacío intelectual presentado como una gran conquista, la desesperadora duda queriendo imponerse á los demás.

Hé aquí como se expresaba Cecilio:

«Fácil me será manifestaros que en lo humano todo es incierto, dudoso, problemático, verosímil mas bien que verdadero. Hé aquí por qué no debe sorprendernos el que hombres que desesperan de encontrar la verdad como fin de sus investigaciones, condescienden sin exámen á la primera opinion que se les presenta. Lo extraordinario seria que perseveraran con celo en sus estudios. Pero ¿no debemos lamentarnos y hasta indignarnos de ver á gentes sin ciencia, sin letras, ignorantes en las artes, á no ser en las mas viles, resolver con certitud sobre el principio y el conjunto de las cosas, mientras que el filósofo, que tiene conocimiento de gran número de sistemas, no se atreve á decidirse sobre estas cuestiones despues de tantos siglos? Y no es sin razon que el filósofo no se decida. ¡Media tan gran trecho de la debilidad humana al conocimiento de Dios! Lo que aparece suspendido sobre nuestras cabezas en lo alto de los cielos y lo que yace sepultado bajo nuestros piés en las entrañas de la tierra, todo constituye un secreto impenetrable para nosotros. Aun no sabemos si solo el hecho de querer sondearlo llegaria á constituir una impiedad. Seríamos muy felices y muy ilustrados si hubiésemos aprendido, conforme á la máxima de un antiguo filósofo, á conocernos ante todo á nosotros mismos. Y si entregándonos á una tarea insensata é imposible tratamos de franquear los límites puestos á nuestra pequeñez, si echados en la tierra, queremos, en los trasportes de audaz ambicion, lanzarnos mas allá de los cielos, al menos no nos forjemos vanos fantasmas, no mezclemos á este primer extravío terrores imaginarios (1).»

Lo que importa, pues, segun Cecilio, es permanecer fiel á las dinividades conocidas que santificaron á los antiguos y que han producido la grandeza de los romanos, sus constantes adoradores. Sea cual sea la fe que se otorgue á su historia, los esfuerzos de un ateo como Protágoras quedan juzgados por el simple buen sentido. Pero lo que subleva todavía mas es ver aquellas divinidades tan antiguas y tan respetables, menospreciadas y calumniadas por un populacho que no se atreve á ostentarse públicamente y que no tiene ni educacion, ni leyes, ni honor. Traza luego el cuadro de las costumbres cristianas y repite contra ellas acusaciones

(1) *Min. Felix, Octavius*, V.

cien veces desvanecidas. Se reconocen, añade, por señales secretas; dirigen súplicas á un hombre crucificado y á la cruz... No tienen, prosigue, dios alguno, ni templos, ni imágenes; pero adoran el fantasma espantoso de un Dios que lo sabe todo y que está en todo lugar...; creen en la resurreccion de los muertos y en el juicio universal. A consecuencia de estos errores inconcebibles, viven desgraciados sobre la tierra, pues se privan de los placeres de la vida, en la imaginaria esperanza de una felicidad mayor; y mientras sufren acá abajo, como resultado de su ridícula abnegacion, debieran comprender cuán mal fundada está su esperanza futura, ya que ese Dios imaginario no alcanza á librarles de la desgraciada situacion en que se encuentran. El porvenir está cubierto con un velo impenetrable. Sócrates no acertó á levantarlo, ¿cómo habrian de poder los cristianos lo que no pudo Sócrates?

Era el programa del escepticismo de aquella época harto semejante al de nuestro tiempo.

Hé aquí la contestacion de Octavio:

«No rechazo en manera alguna el principio que Cecilio se esfuerza en sentar; á saber, que el hombre debe conocerse, debe estudiarse á sí mismo, examinar lo que es, de dónde viene y por qué existe; si es un compuesto de elementos, una mezcla ingeniosa de átomos; ó mejor, si es Dios quien le ha criado, formado, animado. Pero esta cuestion particular no puede ser resuelta ni profundizada sin el estudio del conjunto; porque en el universo todo se liga, todo se encadena, y nada se entiende de la humanidad si no se procura darse cuenta de la divinidad, como no se obtendria establecer bien las leyes de un Estado, si no se conocieran las que rigen á la grande sociedad humana, al mundo entero. Cabalmente lo que nos distingue de los irracionales, es que ellos están inclinados hácia la tierra, no teniendo ojos sino para sus pastos, mientras nosotros tenemos la frente elevada, la vista dirigiéndose hácia el cielo, y además la razon, la palabra, por lo que podemos reconocer, sentir é imitar á Dios. ¿Habria de sernos permitido ignorar las claridades divinas que el cielo hace brillar á nuestros ojos é insinua á todos nuestros sentidos? ¿No fuera un sacrilegio, y un sacrilegio el mas criminal, buscar en el lodo de la tierra lo que debemos encontrar en las sublimes regiones del cielo?»

A Cecilio, que se irrita de que el Cristianismo reclute gran parte de sus adictos entre las clases pobres, Octavio responde:

«No puedes contener la pena, el despecho, la indignacion que te causa el ver á gente pobre, desprovista de instruccion y de ingenio, discurrir sobre las cosas del cielo; pero es porque te empeñas en desconocer que el hombre, con ser hombre, independientemente del sexo y del rango, está dotado de razon y de sentimiento, facultades que recibe, no de la fortuna, sino de la naturaleza.»

Contestando admirablemente á la objecion fundada en que los cristianos encuentran frecuentemente el infortunio como resultado de su misma fe, dice:

«Los infortunios de la vida son para nosotros, no una pena, sino un combate. Las aflicciones materiales aumentan el valor moral, y el sufrimiento es muy á menudo la escuela de la virtud. El vigor del alma, lo mismo que el del cuerpo, decrece cuando no hay la prueba para ejercitarlo. Todos los héroes que vosotros proponeis como modelos, recibieron de la adversidad su lustre y su importancia... Al visitarnos Dios por medio de la adversidad es que en la hora del peligro aquilata el peso de nuestra alma; interroga la voluntad del hombre hasta en los brazos mismos de la muerte (1).

«...Os alucina ver que hombres que no conocen á Dios nadan en la opulencia... Llegan á tales alturas para caer de mas alto; son víctimas que se adornan de flores para el sacrificio. Muchos parece que no suben á las grandezas y á la dominacion sino para permitir que una licencia desenfrenada trafique con el poder. Semejante felicidad es un sueño, es una sombra que se desvanece en el momento en que nos creemos haberla alcanzado. ¿Eres rey? Pues si te temen, es porque tú temes tambien á tu vez; por numerosa que sea la escolta que te ro-

(1) *Octavius*, XXXVI.

dee, en el peligro te encontrarás solo. ¿Eres rico? Pues tantas provisiones para seguir el corto camino de la vida, mejor que un recurso, son un embarazo. ¿Estás orgulloso de tu púrpura? Es una ilusion engañosa tener brillante la púrpura y en tinieblas el corazon (1).»

A las acusaciones groseras que se dirigen contra el Cristianismo, Octavio responde que no las creen ni siquiera los mismos gentiles, porque de lo contrario, al atormentar á los cristianos, mas bien que forzarles á renegar de su creencia, tratarian de obligarles á confesar los enormes delitos de que se les arguye. ¿Se habla de señales secretas con que se dan á conocer mútuamente? Pues estas señales secretas son la caridad y la modestia.

La discusion redactada despues por Minucio Félix en que brillan pensamientos elevados, imágenes sublimes, es una refutacion completa de las preocupaciones paganas en aquel período histórico.

Chateaubriand ha dicho ocupándose de este trabajo:—«Hay pocos diálogos de Platon que ofrezcan tanto interés, escenas mas bellas, ni discursos mas nobles (2).»

Cecilio se convirtió á la fe, se volvió á Cirta, su patria, en África, y no falta quien cree que fue él quien tuvo la gloria de convertir á san Cipriano.

LXXIX.

Crímenes del Imperio.

Presentimientos tan fundados como tristes amargaron la última época del reinado de Septimo Severo. Este censuraba con razon el que Marco Aurelio hubiese permitido que alrededor de la sede imperial se formase un emperador como Cómodo. Sus dos hijos Basiano y Geta no daban por cierto lugar á augurios felices.

No es precisamente que hubiesen nacido con malas disposiciones.

Antonino Geta, pues á ambos se les daba el nombre de Antonino, el menor de los dos, aunque nunca fue de carácter amable, no obstante no era malo. En su adolescencia se manifestó estudioso, amante de la antigua literatura romana, con pretensiones bastante pedantescas de retórico. Tuvo la manía de los trajes ricos, de los perfumes; defectos muy tolerables en la situacion á que habia llegado el imperio.

El hijo mayor, Marco Aurelio Antonino, que dejó el nombre de Basiano por el del emperador estóico, conocido con el apodo de Caracalla, en su niñez aparecia dotado de excelentes condiciones. Hé aquí cómo se nos le describe: «Fue tierno, espiritual, agraciado para sus padres, querido del pueblo, apreciado de los senadores; supo ganarse la afeccion de todos.»

Tuvo en torno suyo durante su niñez influencias cristianas; hé aquí por que en su infancia, al ver en el Coliseo á los condenados á las fieras, volvió la cabeza y lloró, y al ser azotado un niño por sus creencias, estuvo muchos dias sin querer ver, ni á su padre, ni á los que dieron de azotes al muchacho.

Pero por buenas que fuesen sus disposiciones durante la niñez, la casa imperial estaba constituida en una escuela de perversion donde habian de acabar por ahogarse las mejores cualidades del espíritu. La educacion que recibian los futuros emperadores en el palacio de los Césares estaba perfectamente organizada para que saliesen, ó déspotas, ó estúpidos. Era una atmósfera en que toda virtud habia de morir por asfixia.

Entre aquellos espectáculos sensuales, en aquella corte de aduladores, de esclavos, de pedagogos, con la pasion cada dia mas fuerte hácia las luchas del Coliseo, no oyendo hablar sino de mímicos, de bailarines, de gladiadores, respirando el vapor de la sangre que se derramaba en la arena pública, ¿cómo habia de conservarse la ternura de afecciones, la pureza de pen-

(1) *Octavius*, XXXVII.
(2) *Estudios históricos*, p. II.

samientos? Despues de embriagarse en las escenas del Circo, ¿cómo dejar á salvo cuanto pudiese haber de generoso y hasta de humano en el fondo de su corazon?

Así fue que apenas salido de su niñez, Basiano se avergonzó de las delicadezas de su infancia, pagó tributo á la opinion general que las calificaba de debilidad, y confesando que hasta entonces no habia sido mas que un mentecato, declaró que en adelante queria ser un héroe.

Se propuso por modelo á Alejandro el Grande, trató de imitar sus actitudes, hasta su manera de andar, y no sabiendo dar á la mirada la vivacidad del ilustre general, imprimió en la suya un sello de ferocidad que daba un tipo especial á todo su semblante, y que constituyó el carácter de su fisonomía.

Profesaba una especie de culto á Mario y Syla, cuyos nombres pronunciaba constantemente. El menosprecio con que trató á su esposa Plantila, el destierro de esta y la muerte de su padre, fueron las primeras muestras que dió de que ya habia llegado á ser grande hombre como él pretendia.

El hijo menor, Geta, habia participado menos de la educacion cesariana, lo que quiere decir que valia mas que Basiano.

Un dia en que Septimo Severo su padre se preparaba á dar una órden de proscripcion contra multitud de enemigos políticos, dijo á Basiano y á Geta:

—Son adversarios que creo conveniente quitaros de en medio.

—Sí, respondió con vivacidad Basiano; mándalos matar, y que maten tambien á sus hijos.

Geta, sin disimular lo que le repugnaron estas palabras, preguntó:

—¿Y estos proscritos son muchos?

Septimo Severo le dijo su número.

Geta insistió preguntando:

—¿Tienen parientes?

—Sí; y en gran número.

—Esto quiere decir, añadió Geta, que despues de la victoria que acabamos de alcanzar, vamos á hacer que en Roma sean mas los que estén tristes que los que estén alegres...

Y dirigiéndose á Basiano, con desdeñosa severidad exclamó:

—En cuanto á tí, sé que no perdonas á nadie, y que serias capaz de matar á tu propio hermano.

No es este el único hecho de que se desprende la oposicion de ideas y de sentimientos de los dos jóvenes.

La rivalidad, el odio entre los dos llegó á adquirir hasta un carácter público y escandaloso.

Los gladiadores de Marco Antonino eran enemigos de los de Antonino Geta; los cocheros de Geta formaron una faccion que tenia declarada guerra á muerte á los cocheros de Marco; los sitios que concurria el uno eran objeto de prevencion y hasta de odio manifiesto de parte del otro. Hallándose por casualidad los dos hermanos en un paseo, estableciόse la rivalidad entre los dos carruajes hasta el punto de volcar el de Marco y de quedar este estropeado de sus resultas.

Solo les faltaba esta enemistad fraternal á aquellos sucesores de Domiciano, de Neron y de Cómodo.

Marco Antonino, en la guerra de Caledonia, estando al frente del ejército junto con su padre, y á poca distancia del enemigo, quedóse algo atrás de Septimo Severo, y le asestó su espada para matarle, sin que el Emperador se apercibiera de esta criminal accion. Un grito de extremecimiento de parte de los soldados le contuvo. Septimo Severo volvió la cabeza y pudo ver á su hijo conservando todavía la actitud que denunciaba el atroz delito. Septimo Severo prosiguió su camino sin inmutarse y sin pronunciar siquiera una palabra.

Al llegar á la tienda, en presencia de Castor y de Papiniano, recordó á su hijo el hecho de haber intentado matarle, y esto, añadió, «en presencia de nuestras tropas, de nuestros aliados y de nuestros enemigos.»

—Ya que no me mataste entonces con tu propia espada, prosiguió, allí tienes al prefecto Papiniano; mándale que me dé la muerte y te obedecerá.

Triste era la perspectiva que presentaba el imperio al llegar el Emperador á los sesenta y cinco años. Septimo Severo se moria mas de tristeza que de enfermedad.

Intentó en su última hora un recurso de reconciliacion entre los dos hermanos; hizo leer á Caracalla la célebre arenga de Micipsa á sus hijos; les habló luego de la grandeza que él habia dado á Roma, y terminó diciendo:

—Todo esto subsistirá si vosotros permaneceis unidos; todo esto desaparecerá si vosotros no estais de acuerdo.

Luego les habló de la política puramente utilitaria que él vino observando, y les dijo:

—Enriqueced á los soldados y despreciad todo lo demás... Encontré la república revuelta en todas partes; la he pacificado en todas partes. Afligido por la gota y agobiado por la edad, dejo á mis dos Antoninos un imperio bastante sólido si son buenos, bastante espuesto si son malos.

Cuando un tribuno fué á su lecho de muerte para pedirle la consigna, le contestó:

—Trabajemos *(Laboremus)*.

Se hizo presentar la urna que habria de servir para sus funerales, y contemplándola, exclamó:

—Tú contendrás á aquel que no pudo contener el mundo.

Antes que esta palabra demasiado orgullosa, pronunció esta otra mas exacta:

—Lo he sido todo y no me sirve de nada.

¿Se realizaron los votos de concordia en favor de sus dos hijos que hizo al morir Septimo Severo? Todo menos esto.

Caracalla partió de aquel principio: — «En el trono quien tiene compañero, tiene señor.»

Septimo Severo, tratando de contentar á sus dos hijos, lo que hizo fue dejar dos hombres que, no cabiendo en una sola sede imperial, habian de acabar por convertirse, el uno en asesino y el otro en víctima.

Los restos de Severo eran conducidos á Roma en una urna de pórfiro para hacerle en la capital del mundo los mas espléndidos funerales en presencia del Senado, cuando entre los dos hermanos que presidian el cortejo fúnebre estalló ya la mas abierta rivalidad. Jamás aceptaron un alojamiento comun, ni comieron en una misma mesa; hacíanse públicas las prevenciones que tomaba cada uno de los dos hermanos para salvarse del veneno del otro; acampaban en lugar diferente, formando el ejército dos cuerpos dispuestos continuamente á atacarse ó á defenderse.

Muy á pesar suyo tuvieron que ir juntos á recibir los votos del Senado y del pueblo, y á depositar la urna de su padre en el monumento de los Antoninos, y asistir á la apoteosis del difunto Emperador.

Pero constituidos en el palacio establecieron departamentos separados de los que se cortó toda comunicacion. Su ejército, sus guardias, sus servidores, su corte, todo habia de ser distinto: el uno no podia tolerar nada del otro, y evitaban encontrarse juntos fuera de las ceremonias oficiales.

Cuando ya no cabian en un mismo palacio y ni siquiera en una misma capital, se concibió el propósito de destruir la unidad del imperio, y, haciéndola pedazos, dar á Marco el Oriente y á Geta el Occidente; constituir para el uno un senado en Antioquía ó Alejandría y para el otro un senado en Roma.

Despues de discutirse este plan en un consejo de familia, Julia, su madre, que intervenia

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ.

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.°, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscritor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardena Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.°, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalen,* á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Vírgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.° ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografías representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de fólio,* de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 84 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en fólio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.° mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO

Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.° muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscricion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletin semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en fólio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.